LA DUDA
MICRONOVELA

TRAELOS DE VUELTA

FÉLIX SÁNCHEZ DURÁN

LA DUDA

MICRONOVELA

Sánchez Durán, Félix
La duda : micronovela / Félix Sánchez Durán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Félix Sánchez Durán, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-01-2540-4

1. Ciencia Ficción. 2. Filosofía. 3. Novelas de Ciencia Ficción. I. Título.
CDD A860

Agradezco a María Daniela Hartmann y a Mónica Graciela Ferrero por haberse tomado el tiempo de leer y corregir esta obra. Sus opiniones certeras han nutrido este relato y esta historia. Su predisposición y compromiso inconmensurables hicieron posible esta publicación.

F.S.D.

LA DUDA

CapÍtulo I – La vuelta
Capítulo II – La duda
Capítulo III – La espera
Capítulo IV – El hijo
Capítulo V – El hospital
Capítulo VI – El entierro
Capítulo VII – La conclusión
Capítulo VIII – La nota

Capítulo I – La vuelta

-Señora, Emilio está en el hall. ¿Lo hacemos pasar?-, preguntó el hombre del traje gris.

Luz tomó aire con esfuerzo, exhaló, se puso de pie, y dio el visto bueno con la cabeza. El hombre del traje gris se dirigió a la puerta, abrió, y dio la señal a la comitiva para que ingresara con Emilio.

La comitiva que lo acompañaba estaba compuesta por un agente de seguridad, un abogado y una enfermera. Tres empleados de CloGenAr S.A., con la orden clara de mantenerse en silencio y tratar de pasar desapercibidos. El hombre del traje gris era el nexo entre Luz y Emilio, y debía estar presente en todo encuentro a realizarse entre las partes. Él era el único de la empresa que podría hablar libremente, si así lo consideraba.

Emilio entró al departamento y puso su mirada en Luz a la espera de una señal. Una mirada no invasiva. Una mirada tampoco distante. Él no sabía cómo iba a reaccionar ella, nadie sabía, y no quería incomodar o propiciar un encuentro fallido. Fue parte de su entrenamiento: tratar de no incomodar, y nunca dar el primer paso. Habían hablado por teléfono los últimos meses, pero esto era distinto.

Luz titubeó. Amagó con avanzar hacia Emilio. Se detuvo. Retrocedió. Y finalmente se dirigió a abrazarlo. En ese fuerte abrazo, cerró sus ojos y se entregó a sus otros sentidos. Quería olerlo, sentir su piel, escuchar su respiración. Por fuera, era él. Ya sabía que sería así. Sabía también que sus cicatrices de operaciones y fuertes golpes no estarían. Su tajo en la cabeza de cuando era chico, de su accidente doméstico, que contaba con tanta gracia, no estaría tampoco. Su cicatriz del drenaje de cuando lo operaron de urgencia por apendicitis, no. El corte sobre el ojo, tampoco.

Emilio, por su parte, mantuvo sus ojos abiertos, a la espera de un veredicto. Cada segundo del abrazo lo llevó a sentirse un impostor, a sentirse un redentor, un sobreviviente, un producto… Fue una espera eterna. El fin del abrazo, sin embargo, no trajo certezas. Pudo leer en el cuerpo de Luz, en su postura, en sus movimientos, que no estaba convencida. Ella no estaba segura de que Emilio fuera Emilio, su Emilio, pero siguió adelante, y firmó los papeles que traía el abogado, que se limitó a decir “firme aquí, aquí y aquí”.

El abogado se retiró del departamento llevando los papeles firmados por Luz. El agente de seguridad y la enfermera permanecieron en el recibidor del departamento. Luz, Emilio y el

hombre del traje gris, pasaron a la cocina comedor, para tener mayor privacidad y dejar que Emilio y Luz conversaran.

Capítulo II – La duda

Luz intentó cargar la pava eléctrica con agua y llevarla a su base, pero sus fuerzas no la acompañaron. Emilio, atento a la situación, se apresuró a ayudarla, y la invitó a sentarse, ante la mirada aprobatoria del hombre del traje gris, que no pasó desapercibida para ninguno de los dos, generando cierta incomodidad.

-¿Un té? ¿Te preparo un té?- preguntó Emilio.

-Está bien. Los saquitos están en el cajón inferior del armario blanco. Vos preparate lo que quieras. Hay mate, café instantáneo y mate cocido.

Se sintió muy rara invitando a Emilio a servirse lo que quisiera. Emilio podía servirse lo que quisiera, sin que lo invitasen. No necesitaba invitación ni permiso… Pero la duda persistía en ella, aunque no la detendría.

Emilio, por su parte, sintió que estaba ante una prueba de fuego. Luz le había dado opciones. “¿Cuál elegiría Emilio?”, pensaba. Y continuaba en su cabeza: “Pero yo soy Emilio. Cualquier decisión que tome estará bien… Si fuera tan importante, me lo habrían dicho. Ella lo hubiese comentado a la empresa, y la empresa me lo hubiese dicho…”. Un dolor de cabeza comenzó a molestarlo.

-Té está bien para mí también.

Luz bajó su mirada. Él sabía que no era la respuesta que ella esperaba. Emilio intentó evitar otro momento incómodo y dijo lo primero que le vino a la cabeza para encauzar la charla.

-En la empresa sólo había té, así que me acostumbré a tomar té.

En ese momento, el hombre del traje gris se puso más serio que de costumbre y les recordó a Luz y a Emilio que, por contrato, no podían hablar de lo que había en la empresa, sus días allí, y su "preparación". No decían "entrenamiento", que sonaría a estafa. Tampoco "puesta a punto", que denotaba a productos. "Preparación" fue lo que, a algún cerebrito, le pareció más adecuado para esta situación.

Los siguientes minutos pasaron entre comentarios de ocasión y trivialidades. Nada importante. Dónde estaban las tazas, cuáles usar, qué tipo de té, bla, bla, bla. Un poco de charla insignificante ayudó a mejorar el ambiente.

Con las dos tazas de té en la mesa, y ante la mirada arbitral del hombre del traje gris, Luz tomó la palabra con decisión y se dirigió a Emilio.

-¿Sabés que Juan no quiere verte ni saber nada de vos, no? No por odio. No por resentimiento. Sino porque te amaba mucho… Te ama mucho y teme llevarse una gran desilusión…

Entusiasmarse y que vos no seas vos… No podría superarlo. No quiso venir hoy. Necesito que lo convenzas de que se encuentren. Hablen. Él te necesita.

-¿Y vos?-, se apresuró Emilio a preguntar. –Vos hiciste que todo esto fuera posible. ¿Por qué? ¿Confías en que yo sea yo? ¿Qué yo sea Emilio? Hasta a mí me cuesta creerlo.- Una movida arriesgada, astuta, que despertó toda la atención del hombre del traje gris. Ponerse en duda él mismo.

Luz sonrío un poco aliviada, como ganándole la esperanza o la convicción de que realmente fuese Emilio, ese Emilio, su Emilio. Su reacción trajo alivio y tranquilidad a la mesa. Sin embargo, el inconsciente es el inconsciente, y la tranquilidad duró poco.

-Emilio hubiese podido haber dicho eso… Sí. Poner en duda su propio ser. Relativizar todo. Filosofar acerca de la propia existencia. Ser. Estar. Esencia. Historia.

“Emilio hubiese podido haber dicho eso…”. En ese movimiento mágico, volvió a poner al Emilio del presente por fuera del Emilio del pasado. Por ese movimiento mágico, Emilio volvió a sentirse un impostor, luego de haberse sentido un redentor por un momento.

¿Impostor? ¿Redentor? No entendía bien Emilio cuál era su rol en todo esto. Ni hablar de su propia duda acerca de quién era realmente. ¿Un producto de CloGenAr S.A.? ¿Un milagro de la ciencia? ¿Era realmente Emilio, aunque sin sus vivencias? ¿Podía ser Emilio, sin haber vivido su vida? ¿Podía su vida pasada estar presente en su memoria, en la memoria de sus células, de su ADN? Sabía bien qué pretendía la empresa de él. Comenzaba a interpretar qué pretendía Luz de él. Pero no podía definir qué esperaba él de él. ¿Se tenía fe a sí mismo?

-¿En qué pensás?-, preguntó Luz.

-Cuesta asimilar lo que pasa acá…-, respondió él en lo que parecía otra jugada astuta, medida. Ponerse en el lugar de Luz, empatizar. Sin embrago, sus ojos parecieron realmente sinceros. Difícil de simular.

Luz le dio unos minutos. Se levantó. Fue a buscar unas galletitas que tenía guardadas y las puso en la mesa.

-Escuchame –rompió el silencio al sentarse nuevamente-, necesito que hables con Juan. Hacelo por mí. Convencelo de que te reciba, de que te vea.

-¿Estás enferma, no? ¿Qué tan grave es?

-Tengo unos años todavía.

-¿Nunca fue por vos, no?

Luz no respondió. Su mirada no dejaba entrever la verdad de sus actos. Tal vez sólo había sido por Juan. Tal vez había sido por los dos. Tal vez ella tampoco sabía la respuesta. Querer creer y no poder. No creer pero intentar. Querer hacer creer. Querer ilusionar. Quizás todas las respuestas eran correctas.

-Voy a hablar con él. Voy a convencerlo de que me hable. Voy a intentar que me acepte.

Luz no logró ocultar su emoción al oír el compromiso de Emilio. Extendió su mano y tomó las de él. Ambos se miraron con afecto. Sensaciones de reencuentro, de vieja complicidad, pero también de renovada empatía y nuevo compromiso. Una conexión profunda que no reclamó certificado de autenticidad. Vieja o nueva, importaba poco ya en la mesa.

Política, actualidad, literatura y otros temas controversiales y peligrosos, tomaron su lugar en la mesa, haciendo más ameno el encuentro y haciendo fluir el diálogo. Todo, ante la impasibilidad del hombre del traje gris.

Capítulo III – La espera

La espera se le hacía larga dentro del coche. Sin ventanillas ni referencias externas le era difícil a Emilio no encerrarse en su cabeza. Cuestionarse quién era, inevitable. ¿Qué Emilio era? ¿Era algún Emilio? ¿Cómo convencer a Juan si él mismo no estaba convencido? No quería fallarle a Luz. Pero, ¿quién era Luz para que él tuviera esa lealtad y compromiso con ella? ¿Su viejo amor? ¿Su mecenas? Sí, ella había hecho posible su presencia, pero... ¿eso hacía que tuviera que cumplir sus deseos? ¿No podía tener él decisión y voto sobre su futuro? Claramente no tenía voto sobre su presente. El deseo de Luz, las obligaciones con la empresa... Nadie le preguntó qué deseaba... salvo Luz. Pensaba*: ella me dejó elegir entre mate, café y mate cocido*. Una sonrisa medio sarcástica, medio real, se dibujaba en su rostro. Con qué poco se conformaba uno, reflexionaba para sus adentros.

Los minutos se amontonaban como rocas sobre su existencia. Era capaz de almacenar años y años de vida, ajena o propia, no sabía, no lo decidía aún, pero esos minutos pesaban más que cualquier otra cosa. Ya había ordenado sus argumentos, ya había decidido sus estrategias,

pero sabía que una vez en el ruedo, su intuición iba a ser decisiva. *¿Su intuición?*, se preguntaba. Cada pensamiento era cuestionado por él. En eso, pensaba, *soy Emilio, bien Emilio... más Emilio, imposible*. Por lo menos, el Emilio que presentaba la "historia escrita", los almacenamientos de sus dispositivos, la nube personal, las nubes de sus contactos... Tampoco estaba seguro de que ése fuera Emilio. Era una representación de Emilio que tenía Emilio, una representación de Emilio que tenían sus contactos, pero... ¿Ése era Emilio? ¿No sería "marketing", un antifaz, una máscara? Los tiempos eran duros para estar volcando lo que uno realmente pensaba en los dispositivos.

Todo esto inquietaba a Emilio. Se preguntaba por qué no podía estar pensando en la cena, en qué ver antes de irse a dormir. Sólo una mosca captó su atención y pudo alejarlo de esos pensamientos. El tratar de dilucidar cómo habría entrado en ese coche hermético le dio unos minutos de paz, interrumpidos por el hombre del traje gris que, abriendo la puerta, sentenció: - Ya podemos subir. Nos recibirá.

Capítulo IV – El hijo

-Gracias, pichón, por haber accedido a recibirme- dijo Emilio a Juan.

-De nada… y no me diga “pichón”. “Pichón” me decía mi padre.

No fue tanto la indicación de que no lo llamase así lo que desconcertó a Emilio, sino la formalidad del trato, de sus palabras. Era claro que él, a diferencia de Luz, no tenía ni la más mínima duda: no era su padre. La situación era peor a lo que ella contaba. Emilio quedó unos segundos recalculando sus estrategias y el escenario, y prosiguió a sentarse en el sillón que Juan señaló con amabilidad a los visitantes.

-Disculpame, no quise incomodarte.

Juan no respondió, y mantuvo fija su mirada en Emilio, con un claro mensaje: sé que no sos quien decís ser. Un silencio incómodo invadió el momento, y Emilio decidió continuar con su alegato.

-Estoy acá porque lo pidió… lo deseó, tu mamá. Sino, te hubiese dado tu espacio, tus tiempos. Sé que desde que me fui… Perdón. Se que desde que se fue tu papá, pasaste por muchas situaciones feas, traumáticas, que tuviste muchas pérdidas, y lo siento mucho.

Además de su sentido pésame, concederle no referirse a él como su padre, no intentar ocupar inmediatamente ese espacio, fue una de las jugadas que improvisó sobre lo ya maquinado. Juan, tarde o temprano, pensaba Emilio, debía concederle referirse a él como Emilio, y así ir construyendo un vínculo más cercano. Intentó a continuación: -Lamento no haber estado allí para acompañarte.

Juan no emitió palabra, no cuestionó la idea que quiso implantar Emilio, pero continuó mirándolo como a un impostor. Incluso, afinó su vista luego de esas palabras, como acentuando su postura. No lo había doblegado.

-Tu mamá está muy preocupada por vos. Le preocupa qué pueda sucederte cuando ella no esté. Comprendo que traerme nuevamente a la vida –Emilio continuaba con su estrategia ante la mirada agresiva de Juan-, no es una decisión consensuada. Incluso, es una decisión moralmente reprochable para muchas personas. Entiendo a la perfección tu postura y quiero que sepas que tal vez yo tampoco hubiese estado de acuerdo … No lo sé. Lamento no traer certezas ni argumentos cien por ciento válidos, pero voy a estar cerca para cuando te decidas, para cuando me necesites.

Emilio terminó su discurso y recostó su espalda en el sillón. Sabía que no había logrado avanzar ni un centímetro, pero esperaba haber sembrado algo que pudiera germinar con el tiempo. Intentar imponerse abiertamente no hubiese servido de nada. El hombre del traje gris, por su parte, apenas realizaba movimientos. Sabía que su presencia era contraproducente para los objetivos de Emilio. Intentar pasar desapercibido era lo mejor que podía hacer, lo mejor que sabía hacer. Permanecer difuso era algo para lo que lo habían entrenado.

Escasos segundos pasaron de las palabras de Emilio. Juan tomó aire como para aguantar la respiración durante un tiempo prolongando, y escupió toda su verdad.

-Bueno, ya habló usted. Ahora me toca a mí. No sé si usted cree que es Emilio o no. No me importa. Sepa usted que no creo que un hombre surgido de un pelo, de un pedazo de piel, un hueso, o lo que sea, pueda ser mi padre. Llenarlo con todas las porquerías de las nubes virtuales, no hace al hombre. Además, y disculpe si hiero susceptibilidades, si hubiese querido traer a alguien a mi lado, no hubiese sido a usted. Mi mamá intentó convencerme de todo esto. Fue mi negativa la que lo trajo al mundo. Ella no tenía amparo legal para intentar esta porquería con… –

casi se quiebra observando el largo pasillo que llevaba a las habitaciones-, así que fue por los restos de mi papá. Usted no es más que una anomalía de la Historia de la humanidad, un dispositivo móvil de carne y hueso con una capacidad de almacenaje increíble, un desarrollo novedoso, un hueco legal de nuestro sistema legal, y un producto de mercado hecho con su ADN y entrenamiento especial. Usted no es mi padre. Podrá convencerme de que es humano, pero jamás de que usted es mi papá. Incluso, su presencia aquí la siento como una ofensa a su memoria.

Juan tomó nuevamente aire después de haber dejado en claro su posición. Se relajó luego de tan efusiva exposición. Mientras, la mirada de Emilio apuntaba al piso, como la de un perro al que retaron por haber ensuciado la alfombra. El hombre del traje gris, impoluto. Segundos más, segundos menos, Juan retomó el hilo, más sereno.

-Él, tal vez, hubiese abrazado la idea de la resurrección –haciendo comillas con los dedos sobre esa palabra: resurrección- para evitar el dolor de las personas, pero jamás lo hubiera dejado en manos de viles empresas. Tal vez, y sólo tal vez, hubiese acompañado la idea terapéutica de que personas similares a las

personas queridas, acompañasen a quienes lo necesitasen. Tal vez, tal vez, tal vez… Muchos talveces. Lo que sí puedo afirmar, es que él jamás hubiese estado de acuerdo en que algo tan… grande… importante… trascendente… quedase en manos de inescrupulosos empresarios.

Mientras Juan llevaba adelante su alocución, observaba de a ratos al hombre del traje gris, intentando incomodarlo con su mirada así como con sus palabras. Nada turbaba al hombre del traje gris. Escuchaba cada sílaba del discurso de Juan, nada se le perdía, pero nada lo alteraba. Era una verdadera roca.

Emilio, por su parte, con cada palabra, comenzaba a sentirse un verdadero impostor, un ser humano despreciable, o algo mucho peor… Comenzaba a sentirse un objeto nocivo de alguna góndola de supermercado. De esos objetos bajo llave, en vitrinas, por ser costosos, y que a su vez llevan muchas advertencias. Objetos no aptos para personas sensibles.

-Parece mentira, irónico –continuó Juan-, pero si mi papá estuviese acá, diría que memoria y almacenamiento, son dos cosas distintas.

Juan esbozó una leve sonrisa con su última sentencia. Un poco recordándolo; un poco imaginando esa situación desopilante de dos

Emilio discutiendo. Emilio, por su parte, acompañó la sonrisa de Juan, logrando un momento de complicidad en que sus miradas se encontraron y lograron conectarse.

Sólo un último intento por torcer el rumbo de la discusión llevó adelante Emilio. Sabía que no podía lograr mucho más en ese primer round que estaban disputando.

-A los gatos no hay que entrenarlos para que vayan a las piedritas, ni enseñarles qué cosas pueden ser peligrosas… ¿No creés que tal vez algo de memoria pueda subsistir en nuestras células? ¿Que esos pelos, huesos, piel, puedan transmitir algo de esa memoria?

-Intuición… Nada más que instinto de supervivencia. En tal caso, una adaptación de la especie que lleva años, décadas, siglos.

Las palabras de Juan habían dejado de ser filosas y empezaban a ser condescendiente con Emilio. No cambió su visión de los hechos, pero comenzaba a sentir que estaba frente a una persona que merecía algo de respeto. Tal vez como un empleado de esas empresas que deben defender sus productos o servicios aunque no creyeran en ellos. Él no había decidido estar ahí, pero no le quedaba otra. O se ponía la campaña al hombro, o se quedaba sin trabajo, sin misión, sin cometido.

El silencio que ambos interlocutores empezaban a disfrutar, luego de tantos golpes emocionales, fue interrumpido abruptamente por una inesperada, por pronta pero no por improbable, noticia: Luz había sido llevada de urgencia al hospital.

Capítulo V – El hospital

Emilio y Juan llegaron al hospital al mismo tiempo, pero por diferentes medios. Juan viajó en su propio vehículo; Emilio, junto al hombre del traje gris, en el vehículo de la empresa. Una vez en la recepción, les fue comunicada la habitación y la unidad en que se encontraba Luz. Allí se dirigieron.

Ya frente a la puerta de la habitación, Emilio y Juan escucharon a Luz discutiendo con otra persona. Con mucho esfuerzo, y de manera interrumpida por la falta de aire, Luz la echaba de la habitación. Era el abogado de CloGenAr. Juan, cuando pasó por su lado, le regaló un empujón con su hombro.

-¿Podrá Ud esperar afuera?-, preguntó Luz al hombre del traje gris, quien respondió que no podía hacerlo, que ella lo sabía, y que lo lamentaba. Mientras Emilio estuviera allí, él tenía la obligación de permanecer en el lugar. La situación superaba a todos, y se percibía en el aire. La tensión era abrumadora, pero Luz quería hablarle tanto a Juan como a Emilio, por lo que tomó aire y prosiguió.

-Me dicen que me queda menos tiempo del que pensaban-. Acariciando suavemente el rostro de su hijo con su mano, continuó: -Lamento

no haber podido hacer más por vos. Disculpame si intenté esto –recorriendo con su mirada al hombre del traje gris y a Emilio-. Sé que no estabas de acuerdo, pero tenía que intentarlo. Cuando me vaya de acá, no quiero que estés solo. Sé que él –observando a Emilio pero sin nombrarlo - tiene algo de tu papá. Si no creés eso, por lo menos te pido que le des una chance como amigo. No puede ser muy distinto a él. No dejes que lo aparten de vos. Aún no cumplo mis obligaciones con CloGenAr y, si no me repongo, van a buscar la forma de sacarle rédito.

Luz tomó un descanso y aire. Juan buscó la mirada de Emilio. Emilio bajó su mirada, asintiendo con su cabeza. Él sabía. Él ya sabía todo. Casi todo. Si Luz no cumplía sus obligaciones, él pasaba a pertenecer a la empresa. Podrían determinar dónde llevarlo, en qué condiciones… podrían vender incluso sus órganos o usarlo como sujeto de prueba de nuevas drogas. Ya le habían exprimido a Luz casi todo el costo del proceso. Aun faltando un centavo, no dependía ni de ella ni de Emilio su futuro. Incluso, ya tampoco de Juan. La deuda de Luz comparada con los posibles ingresos devenidos de, por ejemplo, la venta de sus ojos, no tenía parangón. Un dineral que la empresa no

dejaría pasar. El futuro de Emilio era una gran incógnita.

-¡Vendedores de humo! ¡Eso son, vendedores de humo! –le gritó Juan al hombre del traje gris. –¡Ni ustedes se creen lo que venden!-. El hombre del traje gris se mantuvo impoluto. Su rostro no manifestó nada. Su mirada, menos que menos. No había culpa, tampoco desafío. Nada. Juan se contuvo al recordar dónde estaba.

Habiendo ya tomado fuerzas, Luz pidió a Juan que aguardara afuera. Juan accedió. Se retiró de la habitación con el ceño fruncido. Cerró la puerta tras de sí. Se sentó en unos sillones que había en el pasillo del pabellón y se agarró la cabeza. Nadie de quienes estaban allí tenía entidad para él. Su conflicto ya estaba en otra parte. Ni enfermeros, ni doctoras, ni personal de seguridad… nada tenía ya entidad para él.

Luz dirigió su mirada a Emilio. Un poco de lástima, un poco de culpa, la invadían.

-Lo siento mucho. Nunca pensé que esto podía terminar así. No me voy a rendir, voy a seguir luchando por mi vida… por la tuya. Pero por sobre todo, por la de Juan. Todo es lo mismo en este momento… Pero no sé cuánto pueda resistir. Lamento todo. Si sos vos mi Emilio –las primeras lágrimas comenzaron a recorrer la cara de Luz-, lamento haberte traído sólo para que me

veas morir y sufrir lo que vas a sufrir. Si no sos mi Emilio, lamento tu sufrimiento, lo que vas a experimentar. Intentaré evitarlo, pero… Es llamativo. Tanto avance científico, tanto progreso, pero aún no saben determinar con precisión cuándo vamos a morir… O tal vez sí –mirando vencida a Emilio, buscando la complicidad del humor negro que solían compartir.

Emilio, respondió con una suerte de mueca-sonrisa. No quiso dejar pagando a Luz… pero la suerte parecía estar echada. Sin embargo, no era tanto el futuro que le proyectaba la empresa lo que lo tenía destruído, sino el hecho de no haber cumplido su cometido, su misión: aliviar la pena de Luz y Juan. Había sido un fracaso rotundo, en todos los aspectos. Lo que menos le importaba era haberle fallado a la empresa, que ya se cobraría de alguna manera… El hecho era que nadie parecía creer realmente, inequívocamente, completamente, que él fuera Emilio. Ni siquiera él estaba convencido. No trajo paz a nadie. Luz no tenía paz. Juan no tenía paz. Obsoleto, se sentía obsoleto. Un fracasado.

Luz le pidió a Emilio que hiciera pasar a Juan. Cuando se levantó para cumplir su deseo, Luz le estiró sus brazos propiciando un abrazo. Él, con las primeras lágrimas en sus ojos, se inclinó a abrazarla. Ella murmuró algo en su oído que

dibujó una breve sonrisa en el rostro de Emilio. El hombre del traje gris dejó pasar el hecho. Fingió no haber notado nada. Luz y Emilio se despidieron sin saber si se volverían a ver.

Capítulo VI – El entierro

Juan se quedó frente a las dos tumbas hasta que se retiraron las pocas personas que se habían hecho presentes. Ya no quedaba nadie. Había asistido algún que otro viejo compañero de trabajo de Luz. Los de la funeraria y el cementerio, también se habían retirado. Familiares cercanos vivos, ya no tenían. Menos gente a la que saludar y de quienes recibir el pésame. Mejor para él, pensaba.

No dejaba de llamarle la atención que la tierra estaba fresca en ambas tumbas, habiendo partido con tanto tiempo de diferencia. Obviamente, le llamaba la atención en un sentido metafórico, filosófico.

¿La habrían privado a su madre del reencuentro con su padre? Si existiese un más allá, ¿se habrían reencontrado? ¿Qué hubiese pensado su papá acerca de lo sucedido? Preguntas que rondaban la cabeza de Juan, pero que no lo inquietaban profundamente. Eran parte, en realidad, de toda una práctica de cuestionarse todo, heredada de su padre y su madre. Las preguntas eran más válidas que las respuestas. Por lo menos en esos aspectos.

Tampoco le inquietaba a Juan qué tanto Emilio podía ser Emilio. Ya era un tema cerrado

por él hacía bastante tiempo. Incluso, pensaba que si su padre no hubiese muerto en aquel entonces, tal vez no sería el mismo. Una nueva pandemia, la ruptura casi total del vínculo social, la migración fuera de las ciudades, la merma de la población mundial, las guerras, los cambios de regímenes políticos, la censura, la trasnacionalización de todo, el Mercado omnipotente y omnipresente, la partida de amigos y familiares, la pérdida compartida con su hijo… Casi seguro, pensaba, hubiese dejado de creer en la humanidad. ¿Sería como esas personas que al llegar a viejas se vuelven fascistas? ¿Quién sabe? Seguramente, no sería el mismo al que quisieron copiar.

Lo que realmente inquietaba a Juan era qué haría respecto a este otro Emilio, segunda marca del original. ¿Intentaría ayudarlo? ¿Le daría el beneficio de la duda para dejarlo ir en paz? ¿Seguiría con sus planes sin importarle qué sucediese con ese producto de laboratorio? Pensar en quienes tenía alrededor, era enseñanza de su padre y su madre. No podría seguir como si nada… ¿Seguir? ¿Dónde?

Juan tenía en claro qué haría con su vida… O no, pero no le importaba. Eso no le importaba ya. Pero ahora tenía algo que cargar en su conciencia. Ahora tenía una mochila. Esa mochila

tenía nombre, entidad. Esa mochila tenía sentimientos. Una copia, vil copia, de una mochila original, pero mochila al fin. –Mamá, en algún punto, te saliste con la tuya…

El toque de queda se aproximaba y él sabía que tendría problemas con la policía si no se marchaba a su casa… No le importaba. Tener una certeza le hacía sentir invencible.

Capítulo VII – La conclusión

Emilio y el hombre del traje gris ingresaron a la casa de Juan. La seguridad, que ese día los acompañaba, esperó afuera. Esta vez, la recepción fue más amable. Fueron invitados calurosamente a sentarse mientras Juan se dirigió a buscar bebidas frescas a la cocina. Tanta amabilidad llamó la atención de Emilio…y del hombre del traje gris, que siguió con su mirada a Juan y analizó cada uno de sus movimientos.

-Estuve pensando –dijo Juan desde la cocina- que voy a contratar un gestor legal para intentar liquidar la deuda de mi madre con CloGenAr y disponer de tu futuro, para dejarlo en tus manos y de nadie más. Sé que reclamarán más de lo que mi madre debía, pero estoy dispuesto a intentarlo. Luego de su entierro, entré en razón, pensé en su motivación, y no pienso dejar a medias lo que ella comenzó. No sos mi papá, no. Eso lo tengo claro. Pero un producto que tenga su contenido no puede ser tan malo.

Emilio esbozó una sonrisa. De alguna manera, reconocía ese humor y daba crédito a Juan por no desentenderse de la situación. Podría haber dado vuelta la página, no verlo nunca más, pero allí estaba él y se lo debía a Juan.

-Hoy te trajeron como muestra de buena voluntad –prosiguió Juan trayendo las bebidas servidas en vasos largos, y una jarra, y disponiéndolas en la mesita frente al sillón-. Manifesté esto al departamento legal de la empresa y accedieron a pensarlo. No implica nada, más que eso. Hay voluntad de negociar, pero el tiempo corre. Por ahora, vas a seguir en la empresa, en esta sucursal. Si finalmente podemos arreglar tu situación, te voy a permitir vivir en la casa de mamá hasta que puedas planificar qué hacer con tu vida. ¿Está bien, jovencito?

Un chiste final que provocó la risa de Emilio. El chiste no era bueno en sí, pero implicaba cierta relación de parentesco, de afinidad, que liberó parte de la carga emocional con que cargaba desde hace tiempo.

-¡Brindemos por un nuevo acuerdo que te libere! ¡Usted también! –dijo al hombre del traje gris, que sin mueca ni gracia, sólo levantó el vaso y lo volvió a poner en la mesa.

-Saben, no creo que un hombre, cualquier hombre, uno original o una copia, deba dejar que una empresa, un vacío legal, o una normativa coercitiva, decida qué opciones debe tomar en su vida. Tampoco lo creía mi madre. Tampoco lo creía mi padre. Brindo por ellos.

Vaso a vaso, fueron brindando por cuanta cosa se le ocurría a Juan. ¿Quién era Emilio para proponer por qué brindar? Sin embargo, empezaba a parecerle rara la actuación de Juan. Estaba muy sobreexaltado. Sobreactuando. Pensaba si realmente estaba feliz, contento o, por lo menos, a gusto con su decisión, acerca de un deseo que no era el propio.

-Diculpá que te pregunte, Juan, pero… ¿Te sentís bien? Sabés que no tenés ninguna obligación conmigo. Aun si fuese tu papá, aun si creyeras que soy tu papá, no es tu obligación preocuparte por mí. Te libero de esa carga si es que sirve de algo. ¿Sabés?, soy una persona muy valiosa para que esta empresa me use como rata de laboratorio. Sé que van a entrar en razón. Soy más útil trabajando para ellos. Es difícil conseguir mano de obra capacitada hoy en día. Manejo idiomas. Tengo cultura general… Invirtieron mucho. Olvidate. Voy a estar bien. No gastes ni un dólar en mi libertad. No hipoteques tu vida. No me siento cómodo así. Quiero forjar mi propio destino y no debérselo a nadie.

El acto de renuncia de Emilio dejó perplejo a Juan. Su mirada cambió. Se apaciguó. Sus gestos, su cuerpo, se tranquilizaron. Un silencio colmó la casa. Un silencio reflexivo. Un silencio propicio para que cada alma de la habitación

comprendiese la grandeza de los dos actos que tuvieron lugar allí. Ambos actos desinteresados. Darlo todo por la libertad de otra persona; darse todo por el bienestar de otra persona. Actos que se medían, no por lo que podrían llegar a ocasionar los días venideros, sino por su ética, su moral… por su humanidad. Un acto de humanidad que rara vez se veía. ¡Dos actos de humanidad, imposible! Dos actos de humanidad que no acontecían normalmente.

Se quedaron atónitos un tiempo. Contemplativos. Bebieron de sus vasos en silencio. Ya no había brindis. Ya no había risas. No había contacto visual. Compartían un momento sublime, sin hacer el menor ruido.

-Tengo que pasar al baño –interrumpió la calma Emilio.

-Dejame ir a mí primero. No sé si está en condiciones. Además, tengo que hacer pis yo también.

Juan fue al baño. No demoró mucho. A continuación fue Emilio.

Juan quedó a solas con el hombre del traje gris. Estaba nervioso. Volvía a ser el mismo de hacía un rato.

Al principio, Juan observaba al hombre del traje gris de reojo. Luego, sin disimular. El hombre del traje gris le devolvió la mirada, pero

sin decir palabra. Gotas de sudor comenzaron a cubrir la cara de Juan. Observó que el hombre del traje gris no había bebido nada. El hombre del traje gris observó que Juan miraba su vaso y sudaba. El hombre del traje gris comenzaba a comprender que algo iba mal. En ese momento, se escuchó una ventana abriéndose por donde estaban las habitaciones de la casa. Juan, intentando disimular sus intenciones, tomó la jarra de la mesa y preparó su cuerpo para un zarpazo. El hombre del traje gris observaba todo sin perturbarse, y sin perturbarse se dirigió a Juan.

-Si me golpeás con la jarra, vas a llamar la atención de los custodios que están afuera. Si me prometés que lo que pusiste en mi vaso no me va a matar, me lo tomo.

Juan abrió bien grande sus ojos. Su sorpresa fue total. Asintió con la cabeza, con gran descreimiento. No podía comprender el porqué, pero asintió y dejó la jarra sobre la mesa. El hombre del traje gris tomó su vaso y bebió hasta la última gota.

Capítulo VIII – La nota

No hay mucho tiempo. Esta nota no dice todo lo que quisiera decir. No puedo decirte que te considero mi padre, porque no es así, pero sí sos una persona, y como tal, no merecés esto. No tengo suficiente para librarte de las obligaciones que pesan sobre vos, pero sí tengo convicciones, y espero que vos las tengas y no me delates.

Dejé una ventana entornada en la habitación principal. Saltá. Vas a caer frente al vehículo. Está encendido, esperándote, y programado para llevarte lejos. Adonde vas, todavía queda gente buena. Confío en que te van a recibir y a ocultar lo más que puedan, y vas a estar a gusto.

Por mí no te preocupes, porque en lo que respecta a la ley, al vacío legal, o sos un producto y mi pena no será tan grande, o sos una persona, y no tienen por qué darte el trato que te dan, ya que vos no firmaste nada, sino mi madre. Que embarguen lo que de ella queda y dejó.

Si mi madre y mi padre estuviesen acá, me acompañarían en esta. Espero que vos también y me comprendas.

Ya nos volveremos a ver. No tengas dudas. Sólo estamos ganando tiempo.

Con afecto,

Tu amigo, Juan.